

GARCILASO, TERRENALMENTE HUMANO

Cuando tomamos por vez primera en nuestras manos la breve producción poética de Garcilaso y lo hacemos dejando a un lado todo el peso muerto de la erudición, para quedarnos a solas con la sangre que su letra esconde, sus versos límpidos y transparentes nos dejan perplejos al pararnos a contemplar su vida.

Parece como si el poeta, en un salto milagroso, hubiera logrado salirse de sí mismo hasta hacer que su vida lejos de explicar su poesía no hiciera más que oscurecerla. Porque su vida, su vida externa, apenas si conoce otro espacio que el de los duros campos de batalla. Sin embargo, no intentemos buscar en su poesía un acento épico, una glorificación de las hazañas que ha visto y que él mismo ha vivido. Se batirá heroicamente, por ejemplo, contra las huestes de Barbarroja que amenaza a toda la cristiandad, pero en vano hallaremos en su obra el menor latido religioso. Cantará, en cambio, al amor, en una época en que la alegría trata de ignorar el dolor y, no obstante, se verá devorado por una melancolía, por un dolor contenido que nadie podrá arrebatarse como él mismo dirá. Y como fondo de este huracán sofrenado que arrasa su alma, percibimos una naturaleza tierna, en paz, llena de ninfas y pastores. Esto es lo que va a quedar de sus heridas, del duro lecho y de la sangre arisca de los campos de batalla.

¿No es todo ello una viva paradoja, una oposición entre vida y poesía que parece echar por tierra todo nuestro deseo de hallar el sentido vital de la poesía de Garcilaso? ¿No será esta vida paradójica la que habrá alentado a un cierto poeta, a pasar de contrabando a un Garcilaso, por obra y gracia de la Falange, poeta de la España imperial?

¡Gacilaso con camisa azul!, ¡pobre Garcilaso! Sólo le quedaba cargar sobre sus hombros con esta ignominia, que es la negación de su propia poesía. Sean, pues, nuestras modestas palabras de esta noche, un intento de rescatar el sentido vivo de la poesía del gran poeta español del Renacimiento, para presentarlo a los ojos de la juventud española con la verdad clara y viva de esa obra, de una obra que con orgullo podemos leer y mirar como nuestra.

¿Cuál es el fondo vital, íntimo y externo del que nace su poesía? Garcilaso, como acabamos de decir, es en primer lugar un guerrero valeroso, un intrépido soldado del emperador Carlos V. Garcilaso es el prototipo del valiente hombre de armas, a que la juventud aspira a ser en su época. Herido varias veces, muere a los treinta y tres años por ser de los primeros en el asalto de una fortaleza.

Esta breve vida, que cubre el primer tercio del siglo XVI, tiene como paréntesis algunos viajes a Italia, la tierra del humanismo renacentista, algunas escapadas a la corte y el destierro. Pero hay sobre todo en ella un doloroso episodio sentimental: sus imposibles amores con la hermosa portuguesa Isabel Freyre, la de los “cabellos de oro” a la que conoció estando ya casado. Este amor por una mujer que no le corresponde, al margen de su propio hogar, que no le ofrece incentivo alguno, y la muerte prematura de ella, constituirá una de las puertas de entrada al mundo paradójico de la poesía de Garcilaso.

Pero todo ello tiene lugar en una época que imprime su sello propio a la vida del poeta. Es la época en que el sueño de los Austrias de convertir a España en una monarquía universal, portaestandarte de la cristiandad, parece realizarse. La época en que toda España es un río de sangre que desemboca a miles de kilómetros de nuestra patria. En que los tercios de Carlos V, ensobrecidos por la gloria, quieren quemar los restos de Lutero. Y es también la época en que a los pasos angustiosos, tétricos de la “Danza de la Muerte” del medievo, suceden las bacanales de los grandes pintores, la orgía de luz, de color y de vitalidad que en-

ciende al Renacimiento. Pero será también la época de Erasmo, en que el cristianismo hará un intento último por salvarse convirtiéndose en un cristianismo cerrado, sin puertas ni ventanas. Será una época de tolerancia y no faltará quien diga — Juan de Valdés — que “no se halla cosa más ajena de un ánimo cristiano que la persecución”. Será esta una edad en que los hombres aún conocerán el valor de una risa sana y en que los ojos brillarán esperanzados al futuro.

La que vendrá después cambiará totalmente el cuadro. Un monarca enlutado, Felipe II, hará de El Escorial, tumba de reyes, su símbolo. Los Austrias seguirán peleando y cosechando, tras el brillo aparente de los tercios descalzos y famélicos, la ruina latente, inexorable de España. Felipe II se empeñará en que España cargue sobre sus hombros con un peso que le dejará postrada para siglos: la de evitar a punta de espada el desplome del catolicismo. Pero el choque entre este ideal desmesurado de los Austrias y la dura e inexorable cosecha que recoge, hará que los españoles se concentren en sí mismos y se vuelvan desconfiados, cansados y, al cabo, pesimistas. El derrumbamiento de esa esperanza irá cerrando las puertas de su alma a lo objetivo y el torrente vital vertido estérilmente buscará nuevas salidas desde lo más entrañable de su alma.

Cronológicamente Garcilaso pertenece al primer periodo. Vitalmente tiene puesto un pie en la España de Carlos V y otro en la de la Contrarreforma.

Trazado ya el terreno donde crece esa planta viva que es la poesía de Garcilaso, encarémonos con ella. Penetremos en su recinto a través de estos versos de la “Égloga II”, que pone en boca del pastor Salicio:

¡Cuán bienaventurado
aquel puede llamarse
que con la dulce soledad se abraza,
y vive descuidado,
y lejos de empacharse

en lo que el alma impide y abraza!
No ve la llena plaza,
ni la soberbia puerta
ni de los grandes señores,
ni los aduladores
a quien el hambre del favor despierta;
no le será forzoso
rogar, fingir, temer y estar quejoso.

[...]
Convida a dulce sueño
aquel manso ruido
del agua que la clara fuente envía,
y las aves sin dueño
con canto no aprendido
hinchén el aire de dulce armonía;
háceles compañía,
a la sombra volando
y entre varios olores
gustando tiernas flores,
la solícita abeja susurrando;
los árboles y el viento
al sueño ayudan con su movimiento.

¡Oh natura, cuán pocas obras cojas
en el mundo son hechas por tu mano!
Corriendo el bien, menguando las congojas,
el sueño diste al corazón humano
para que al despertar más se alegrase
del estado gozoso, alegre y sano.

La vida del campo se nos aparece en estos versos como la aspiración ideal del poeta. En él ve Garcilaso una invitación a la quietud, al dulce sueño, al reposo. Hacia esta vida ideal parte el alma del poeta para no ver “la soberbia puerta de los grandes señores, ni los aduladores”. Lo que *natura* hace está bien hecho; ella derrama el bien a manos llenas y alivia las congojas.

Ahora estamos en condiciones de comprender la aparente paradoja de la poesía bucólica de un guerrero y cortesano. ¿Por qué no el fragor de las armas y los cantos que recojan los anhelos de la vida cortesana? Vayamos dibujando la respuesta: esa vida que vive Garcilaso no es su vida; es una vida externa, postiza, que no la vive sino que la arrastra. Su vida real está devorándole; es una vida que le come el alma y de la cual quiere saltar a otra vida ideal, en la que cifra todos sus anhelos.

La aparición de este elemento poético — la naturaleza provista de todas las perfecciones y contrapuesta a la miseria de la civilización — es, desde el punto de vista ideológico, el anticipo del pensamiento central de otro gran inconforme: el francés Rousseau.

Pero este elemento poético por el cual se idealiza la vida del campo no es exclusivo de Garcilaso. Es un rasgo típico de su época, del Renacimiento.

Antes del Renacimiento, Dios constituye siempre el norte del alma humana. El hombre, la naturaleza misma, se difuminan y, por sí solos, no tienen valor alguno. Cuando un poeta como Gonzalo de Berceo escribe:

La verdura del prado, la olor de las flores
la sombra de los árboles de templados sabores
refrescáronme todo, e perdí los sudores:
podrÍe vevir el omne con aquellos olores.

Este prado verde que vivifica no es más que un símbolo de la Virgen misma. Hay que llegar al Renacimiento para que la naturaleza cobre un valor propio, independiente de Dios y sea capaz de albergar dones que hasta entonces habían sido tributos propios y exclusivos de la Naturaleza...

¡Oh natura, cuán pocas obras cojas
en el mundo son hechas por tu mano!
Corriendo el bien, menguando las congojas,
el sueño dice al corazón humano.

Así pues, y esto lo ha señalado muy bien Américo Castro en *El pensamiento de Cervantes*, la introducción de la Naturaleza y de los pastores tiene una clara raíz renacentista.

El bucólico Garcilaso —hombre del Renacimiento— tiene pues su origen en esta tendencia del Renacimiento a idealizar la Naturaleza viendo en ella el *summum* de las perfecciones. Por ello, Garcilaso, cuando el dolor le atenaza o cuando la vida cortesana con sus vicios y pasiones le sublevan, él torna su mirada a la vida del campo, a las flores, los pastores, buscando satisfacer un anhelo de perfección. Hay, pues, en todos estos pasajes de sus églogas que hoy se nos antojan ñoños, artificiosos y convencionales, una honda aspiración humana que tiene sus raíces bien vivas en su formación de hombre del Renacimiento.

Al hablar del bucolismo de Garcilaso no estará de más que veamos cómo esta vuelta a la vida del campo —esta idealización de la Naturaleza— aparece en otro gran poeta, fray Luis de León. Recordemos aquellos versos:

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Y en otra estrofa:

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡oh, secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestra alma reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

También fray Luis busca la vida del campo, huyendo de las miserias humanas. Pero en él la Naturaleza es sólo una estación de paso. La amargura, el desamparo terrenal de fray Luis no encontrarán en la vida del campo un reposo y una quietud du-

raderos. Esto sólo lo hallará fuera de este mundo. La Naturaleza sólo será estación de tránsito en su marcha ascendente hacia el reino de la perfección.

La diferencia con Garcilaso es notoria. La amargura terrenal de éste podría hallar una quietud y un reposo terrenales en la misma tierra.

Fray Luis de León dirá en "Noche serena":

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda resplandece
clarísima luz pura, que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!,
¡oh prados con verdad frescos y amenos!,
¡riquísimos mineros!,
¡oh deleitosos senos!,
¡repuestos valles de mil bienes llenos!

Aquí están los prados, los campos ideales de fray Luis. Pero éstos no son ya terrenales. Son la divinidad misma. Mientras Garcilaso se muestra en sus versos como el hombre pagano del Renacimiento, fray Luis aparece como el místico de la España de la Contrarreforma.

Esta vida ideal a la que aspira Garcilaso sólo conoce una fuente de turbación, de inquietud y desasosiego: el amor. Los pastores del Tajo lloran, lamentan sus amores desdichados. Las ninfas con su muerte o su ingratitud sumen en el dolor más profundo a los pastores. El amor sopla impetuoso y potente en esta atmósfera ideal de las *Églogas* de Garcilaso.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno:

yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.

La Naturaleza concebida antes como anhelo de reposo no representa la anulación del dolor mismo. Esto sería un golpe mortal a la naturaleza individual del ser humano. Y Garcilaso siempre defenderá la vida espontánea, natural del hombre. Culpará a los hados, al destino, a la fortuna y a la naturaleza, siempre será la blanda y suave mano sobre la cual vierte sus congojas:

Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso en el reposo,
estuve yo contento y descansado.
¡Oh, bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
que, despertando, a Elisa vi a mi lado.
¡Oh, miserable hado!
¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dado
a los agudos filos de la muerte!

Pero Garcilaso se mantiene alejado de la concepción idealista del amor de su época: era éste un amor abstracto, casi intelectualista y místico. Los sentidos no existían y lo que se buscaba era la Belleza Ideal, una especie de ser existente fuera de este mundo que a veces dejaba caer algunos reflejos sobre los míseros mortales. La belleza corporal no tenía pues un valor en sí; era sólo un trasunto de la belleza eterna, ideal, existente no se sabe dónde. Esta concepción neoplatónica del amor es la que representa Petrarca.

El humanismo renacentista viene a acabar con esto. Con el humanismo este idealismo se esfuma y la materia y la razón recobran sus derechos. Garcilaso no cantará a un ente abstracto, sino a una mujer real de carne y hueso. Garcilaso nos describe su figura real y concreta después de su muerte:

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí como colgada
mi ánima do quier que se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio al oro,
como a menor tesoro
¿adónde están? ¿adónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mía,
en la fría, desierta y dura tierra.

En esta concepción del amor, en la que Garcilaso se aparta del platonismo de Petrarca, la mujer de carne y hueso no es escalón para ascender a la Belleza pura. Es una belleza cerrada que en sí misma empieza y acaba.

Ahora bien, el amor neoplatónico no es más que el proceso de un alma disparada hacia la Belleza pura. Los cuerpos no son más que los escalones por los cuales se va ascendiendo hasta esa belleza, que es el *summum* de las perfecciones. La razón irá descubriendo estos escalones y como la materia constituye un peso muerto en su camino, la razón avanzará sin lucha.

El panorama cambia por completo en Garcilaso, pues en el momento en que los sentidos renacen y que lo corporal, lo material recobra sus derechos, tendremos un amor combativo, que tropieza con obstáculos y lucha. El amor de carne y hueso lleva

aparejado el apetito sensual. La razón deja de ser soberana y las pasiones toman su puesto. De aquí surge el conflicto entre razón y pasión, en el que ambas reclaman sus derechos. La primera invita al deber (Garcilaso es un hombre casado que quiere un amor doblemente adulterino) y la segunda incita a una manifestación libre y soberbia de los sentidos.

Toda la "Canción IV" refleja esta concepción dialéctica y dramática del amor:

Pues soy de los cabellos arrastrado
de un tan desatinado pensamiento,
que por agudas peñas peligrosas,
por matas espinosas,
corre con ligereza más que el viento
bañando de mi sangre la carrera.
Y para más despacio atormentarme,
llévame alguna vez por entre flores,
a do de mis tormentos y dolores
descanso y dellos vengo a no acordarme;
mas a él a más descanso no me espera:
antes, como me ve desta manera,
con un nuevo furor y desatino
torna a seguir el áspero camino.

La lucha como vemos es dura. El poeta ve con toda claridad el abismo que la pasión ha ido cavando en sus pies...

Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
pues no tengo con qué considerallo,
y en tal punto me hallo,
que estoy sin armas en el campo puesto,
y el paso ya cerrado y la huida.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido a tal extremo,
que del grave dolor que huyo y temo
me hallo algunas veces tan amigo

que en medio dél, si vuelvo a ver a la vida
de libertad, la juzgo por perdida,
y maldigo las horas y momentos
gastados mal en libres pensamientos.

Esta poesía nos demuestra que el amor es concebido dialécticamente, como lucha. Pero esta lucha tiene una peculiaridad que acerca a Garcilaso a lo que hemos dado en llamar romanticismo. Y decimos romanticismo aunque esto pueda parecer anacrónico a la época de Garcilaso. Pero nosotros estamos con aquel poeta que a fin de siglo parecía decir: “¿Quién que es no es romántico?” Porque no se trata de una lucha externa en la que la voluntad del poeta va remontando los obstáculos que le vienen de fuera. No, Garcilaso, convertido en un centro de pasión, lucha consigo mismo y por eso trata de huir de sí. Recordemos: “De mí agora huyendo, voy buscando / a quien huye de mí como enemiga, / que al un error añadido el otro yerro”.

Abiertas las compuertas de lo irracional, de las pasiones, su razón parece naufragar. Y digo parece, porque Garcilaso — al fin hombre del Renacimiento — acaba adjudicando la victoria a la razón. De todas maneras, ha abierto un nuevo mundo a los sentidos y ha enterrado el frío y abstracto amor petrarquista. Con ello, recobra el hombre pleno que yacía sin vida bajo las alegorías de los poetas de los siglos anteriores.

Hemos señalado en este primer toque de atención que Garcilaso da a los que proclaman la soberanía plena de la razón, un elemento prerromántico. Pero no es esto sólo.

La época de Garcilaso es época de optimismo. El capitalismo naciente ha ganado ya importantes batallas sobre el feudalismo. Hay por ello en la sociedad una afirmación de vida. Juan de la Encina escribe: “Busquemos siempre el placer / que el pesar / viénese sin le buscar”.

La expresión de goce vital, dionisiaco, ahoga la mueca macabra de la Edad Media. El amor se convierte en fundamento del nuevo mundo. El dolor debe ser excluido. El dolor es irracional

o, como dice el propio Garcilaso, que no es totalmente ajeno a estas ideas: “el dolor, / que es de orden enemigo” (Canción II).

La misma vuelta del poeta a la Naturaleza es un intento de exclusión del dolor. Sin embargo, Garcilaso se convierte en el reivindicador del dolor y toda su formación renacentista no puede impedir que su poesía esté teñida de una melancolía desesperanzada. Su dolor es confesado una y otra vez en sus versos:

El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Este dolor de Garcilaso, en una época en que ya el racionalismo vigoroso y potente de la nueva clase triunfante lo excomulga, constituye uno de los elementos más vivos y perdurables de su obra. Nadie recuerda hoy los laberintos y alegorías a la usanza petrarquesca, pero estos versos de Garcilaso conservan hoy el mismo aliento vital que el día en que fueron escritos.

Cabe preguntar, sin embargo, cuáles son las causas de esta poesía llena de dolor, en una época en que el optimismo y la afirmación vital constituyen los rasgos característicos. Se ha dado la explicación de su tragedia amorosa. Tal vez no baste esta causa, puramente subjetiva. Ciertamente es que sus desesperadas pasiones de amor conmovieron todo su ser. Ahora bien, Garcilaso luchó heroicamente, participó con los tercios de Carlos V en campañas famosas, paseó por salones de la corte y sufrió destierro. El poeta calla ante todo esto. ¿Por qué? Y nosotros podemos preguntarnos envolviendo en nuevas preguntas la respuesta: ¿no será porque el poeta vislumbra ya la tragedia de su patria? ¿No se sentirá cansado y decepcionado cada vez que envaina su espada? ¿No

estará en su silencio el silencio de los soldados famélicos y sin esperanza que ven un ideal roto? ¿No habrá querido otorgar con su silencio todo lo que después afirmará el hidalgo manchego? ¿No habrá en el fondo la amargura de reconocer el terrible contraste entre el ideal del hombre del Renacimiento y lo que la realidad le ofrece?

Si así fuera, el dolor de Garcilaso rebasaría el marco individual y se convertiría en expresión de rebeldía contra la locura imperial, contra esa misma España imperial a la que sirvió su brazo, no su alma. La expresión de este dolor tiene unas características que hallamos en estos versos:

Después que nos dejaste, nunca pace
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena.
No hay bien que mal no se convierta y mude:
la mala hierba al trigo ahoga y nace
en lugar suyo la infelice avena.
La tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vella mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
yo hago con mi ojos
crecer, llorando, el fruto miserable.

El dolor se expande e impregna de él a la Naturaleza. Los sentimientos del poeta se prolongan en el paisaje. De esta manera éste adquiere diversas tonalidades que se corresponden con las alternativas dolorosas o felices del alma del poeta.

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan,
los árboles parece que se inclinan;
las aves que me escuchan, cuando cantan,

con diferente voz se condolecen,
 y mi morir cantando me adivinan;
 las fieras que reclinan
 su cuerpo fatigado,
 dejan el sosegado
 sueño para escuchar mi llanto triste.

El paisaje de Garcilaso es un paisaje que duele como duele su alma. Esta concepción sentimental de la naturaleza es un rasgo típicamente romántico. Ya hemos visto lo que era para un primitivo como Berceo la pradera y las flores: el vientre de María; algo ajeno al poeta y encarnando un valor místico. El primero en proyectar su alma en el paisaje será Garcilaso. Después, en Francia, hará este redescubrimiento Rousseau y tras éste todos los románticos.

Otro rasgo romántico es la incorporación del llanto y de las lágrimas como elemento individual a la poesía. Esto no era posible cuando el poeta aún no había logrado quedarse a solas con su dolor, cuando el hombre sólo se sentía hombre a través de la compañía de otros.

La soledad —rasgo típicamente romántico— no existía en estos poetas. El llorar a solas, en consecuencia, tampoco. Huizinga nos habla del llanto colectivo de las multitudes en la Edad Media, de las lágrimas colectivas de los cruzados. En Garcilaso este llanto solitario nutre continuamente su poesía: “Estoy contino en lágrimas bañado, / Rompiendo siempre el aire con suspiros”.

Dice en el soneto XXXVIII y en el XXV:

Las lágrimas que en esta sepultura
 se vierten hoy en día y se vertieron
 recibe, aunque sin fruto allá te sean,
 hasta que aquella eterna noche oscura
 me cierre aquestos ojos que te vieron,
 dejándome con otros que te vean.

Y en el soneto XIII el llanto se convierte en una fuerza que alimenta la voz del poeta y la sostiene:

Aquel que fue causa de tal daño,
a fuerza de llorar, crecer hacía
este árbol que con lágrimas regaba.
¡Oh, miserable estado, oh, mal tamaño!
¡Que con lloralla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!

Los románticos, siglos después, romperán todas las barreras que acartonan el alma y el llanto correrá como un río espontáneo y vivo. El llanto se convertirá en una luz que ilumina los sótanos profundos del alma y por el llanto mismo, negado y despreciado antes, se llegará a la conquista de la belleza misma.

Si bien es cierto que con Garcilaso penetramos a la oscura geografía del dolor y del llanto, cierto es también que la expresión de su dolor nunca alcanza el tono lacrimoso, desesperado, a que llegaron los románticos o al menos ciertos románticos. Será un dolor recatado, contenido. Para Garcilaso será un ingrediente de su vida y no tratará de escamotearlo. Lo aceptará con firmeza. En esto muestra su clara estirpe española, su raíz senequista. El dolor, lejos de humillar y degradar al hombre, servirá para engrandecerle y alzarle aún más. La actitud del poeta frente al dolor será una actitud serena, estoica. Con esto se engrana cierta actitud fatalista pues el dolor ha sido fijado por los hados, existiendo por tanto un orden predeterminado que es difícil romper. Dice el poeta en la "Canción IV": "No vine por mis pies a tantos daños; / fuerzas de mi destino me trajeron, / y a la que me atormentan me entregaron".

Y en el soneto XXV:

¡Oh, hado ejecutivo en mis dolores,
cómo sentí tus leyes rigurosas!

Cortaste el árbol con manos dañosas
y esparciste por tierra fruta y flores.

Contra el hado cuya mano implacablemente va determinando nuestro destino, no será posible hacer nada. Pero Garcilaso distingue además la fortuna, cuya característica es la arbitrariedad. Frente al hado sólo cabe la resignación estoica, pero frente a la fortuna es posible luchar afirmando la virtud del individuo. Garcilaso creará por ello que lo que importa en el hombre es su mundo interior y cerrará todas las ventanas de su alma al exterior desdeñando los valores extraños. Esta afirmación del individuo, del mundo interior en una época en que el hombre sólo conforma su conducta con arreglo a normas externas —la Iglesia o el sentido monárquico de la sociedad— no deja de tener un valor profundamente revolucionario. Al volver los ojos hacia sí descubre que él tenía un alma, una conciencia propia que asomaba contra la dura copia del ideal de su época. A Garcilaso, por ello, le hubiera repugnado haber conocido aquella típica definición de Calderón: “El honor es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios”. No, hubiera exclamado nuestro poeta, ¡el alma sólo es del hombre!

Tan es así, que Garcilaso podría decir:

¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
al cielo y enojado
con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

El alma es suya. No le podrán quitar su dolor, si no le quitan el alma. Y en esta salvaje defensa de su dolor mismo, está la defensa de todo lo que hay de humano, de hombre cabal en Garcilaso.

Este individualismo está muy lejos de concordar con un auténtico sentido cristiano. Porque si el poeta se proclama señor

de su alma, de su vida, su valor humano se agiganta y todo lo externo, por grandioso, tiene que retroceder ante esta afirmación profunda de su individualidad. Pero Garcilaso va aún más lejos del cristianismo, pues no sólo se proclama dueño de su vida, sino también de su muerte. Leamos el famoso "Soneto I":

Cuando me paro a contemplar mi estado,
y a ver mis pasos por do me ha traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado.

Mas cuando del camino está alvidado,
a tanto mal no sé por do he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá perderme y acabarme
si quisiere, y aun sabrá querello;

que pues mi voluntad puede matarme,
la suya que no es tanto de mi parte,
pudiendo ¿qué hará sino havello?

"Mi voluntad puede matarme". ¿Qué es esto sino una justificación del suicidio? Con lo cual Garcilaso no sólo proclama su soberanía sobre su alma, sobre su vida, sino también sobre su muerte. ¿Habría algo más lejos de la tesis cristiana de que a Dios le corresponde señalar la hora en que los mortales deben dejar esta vida?

Creo que tenemos ya argumentos suficientes para hablar de Garcilaso como un poeta humano, fundamentalmente humano, "poeta terrestre, esencialmente terrestre". Lo humano está constantemente en cada poesía. No importa que Garcilaso trate de confundirnos con un arte aparentemente irreal, poblado de ninfas y pastores. Su idealización de la vida del campo expresa

la huida del hombre burgués del Renacimiento o del cortesano de la mísera vida social.

El neoplatonismo que a veces impregna su obra no puede impedir que el dolor se asiente en el mundo. El lugar que concede a la pasión frente a la concepción del amor tiranizado por la razón, fortalecen este lado humano de su poesía.

En cuanto a su falta de religiosidad hemos mostrado su divinización de la naturaleza, su exaltación de lo humano frente a todo lo externo hasta proclamar la soberanía del individuo sobre su vida y su muerte. Pero por si fuera poco, está su silencio, el silencio del hombre que vive entre guerras y guerras religiosas sin que en toda su obra pueda encontrarse un solo verso, un solo epíteto religioso. Mas si nos cupiera duda sobre esta arreligiosidad que está en toda su obra, ahí están las palabras tan significativas de fray Malón de Echaide escritas en la atmósfera caldeada de la Contrarreforma, en las cuales se condena su obra.

Esta ausencia de Dios en sus poemas es tan significativa como estos versos en boca de un soldado: "¡Oh, crudo, oh, riguroso, oh, fiero Marte, / de túnica cubierto de diamante, / y endurecido siempre en toda parte!"

Esto, en poeta y soldado, que jamás canta la guerra, tal vez encierra en su silencio, en su falta de aliento épico, el desconcierto de un hombre ante el contraste del ideal del Renacimiento y la realidad que va minando el porvenir de España.

Y pongo punto final con estos versos de un gran poeta español, Alberti:

Si Garcilaso volviera
yo sería su escudero;
qué buen caballero era.

Mi traje de marinero
se trocaría de guerrera
ante el brillar de su acero;
qué buen caballero era.

¡Qué dulce oírle, guerrero,
al borde de su estribera!
En la mano mi sombrero;
qué buen caballero era.